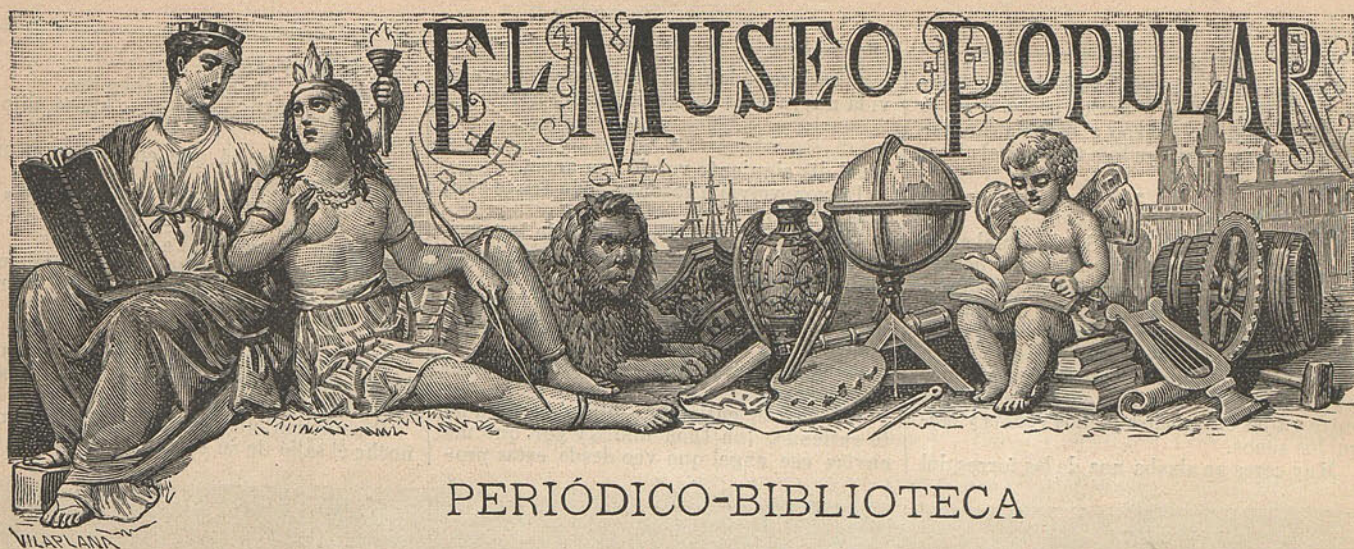




Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada número.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 9.º

EL ALCAIDE DE TARIFA

(Continuación.)

Saydallemal, que así se llamaba la hija más amada de Abu Alcateb, había dado ya hacia tiempo en melancolías que la habían empalidecido y llevado á un malestar

que amenazaba ser una enfermedad incurable.

Los médicos más sabios no habían podido dar con la enfermedad.

Al fin una vieja hechicera había dicho:

—La enfermedad de tu hija, respetable xequé, es un mal de vida.

—¿Y cómo puede ser mal de vida la dolencia que la mata?—preguntó el xequé.

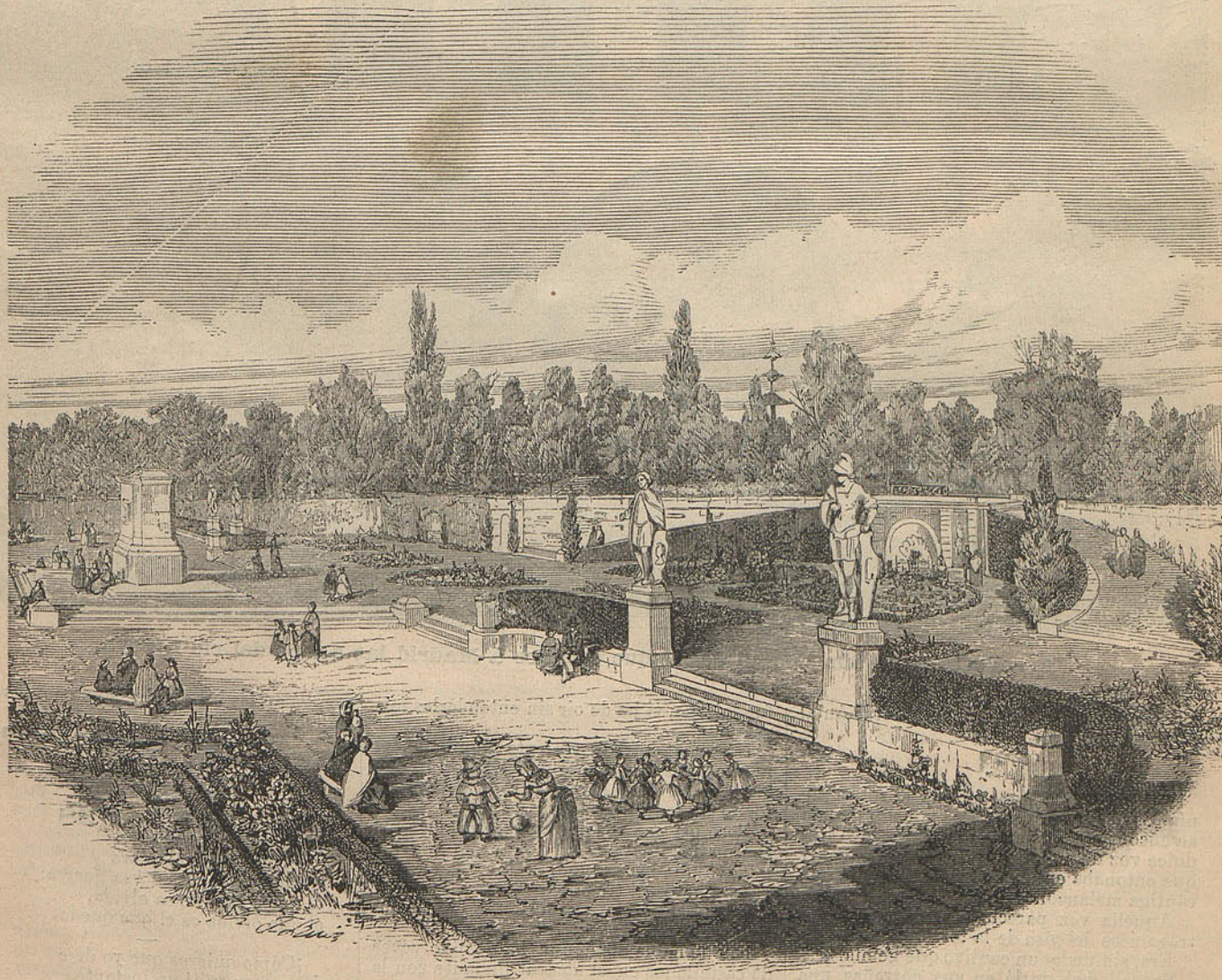
—Porque el mal que sufre tu hija es mal de amores, y la vida es el amor.

—¡Vida que mata!—exclamó el viejo.

—La vida se alimenta de la muerte,—contestó misteriosamente la hechicera.

—¿Y quién, quién causa la dolencia de mi hija?

—¡Ah! ¡Pues si ella lo conociera! ¡Es un angel que tiene en el alma!



Parterre del Buen Retiro.

Comprendió Abu Alcateb la respuesta, inclinó la cabeza sobre el pecho y pidió al Altísimo diese cuerpo y esencia humana al ser soñado que su hija tenía en el alma.

* *

Como todos los tristes, Saydallema amaba los lugares solitarios, sombríos y bellos.

En los fondos de las espesuras de laureles, adelfas y tamarindos que orlaban la huerta de Alcateb había un no sé qué de vago, de delicioso, de fantástico.

La pobre niña iba á sentarse con sus melancolías al lado de una fuente que brotaba entre guijas en uno de aquellos verdes y lángui los senos.

Muy cerca se alzaba una de las torres del

luna esclareció la noche, y se volvió con una vida nueva á las habitaciones del harem.

* *

Al día siguiente volvió con ansia.

La voz volvió á resonar más triste aún, más sentida.

Saydallema se acercó al pie de la torre. Encontró el tragaluz de la mazmorra de donde la voz salía.

Este tragaluz estaba únicamente resguardado por tres barrotes de hierro que la humedad había corroido.

—¿Quién eres tú?—preguntó Saydallema al cautivo.

—Yo no te entiendo,—dijo éste:—yo no te entiendo, ¡oh Dios mío! ¿y por qué me envías ese angel que veo desde estas pro-

Se la llevó consigo.

Llegó con ella hasta el tragaluz.

Entonces Miriam, esto es, María, dijo en castellano:

—¿Quién eres tú que en esa mazmorra estás encerrado?

—Yo soy un sin ventura que sufre las tiranías de un traidor,—respondió Pedro Alonso de Guzmán, que él era.

Así empezaron á entenderse Saydallema y Pedro, sirviéndoles de intérprete María.

* *

Ellas, valiéndose de las herramientas de los jardineros, descarnaron el muro, desencajando los barrotes.

Procuraron una cuerda á Pedro, y una noche él salió de su tumba de vivos y se en-



Acueducto de la sima, en el Canal que conduce á Madrid las aguas del río Lozoya.

alcázar en que se había dado habitación al infante don Juan.

* *

Una tarde á la hora en que el sol se ponía, Saydallema, que triste y meditabunda se encontraba en su verde retiro, oyó una dulce voz de hombre que parecía joven y que entonaba en una lengua extranjera una cántiga melancólica.

Aquella voz parecía salir de uno de los tragaluzes del piso de la torre.

Era, sin duda, un cautivo que gemía.

Saydallema sintió en sus entrañas una fruición celeste y escuchó con delicia.

La voz no volvió á resonar.

Saydallema permaneció allí hasta que la

fundidades, si ha de oír sin entenderlas mis palabras?

Un rayo del sol poniente iluminaba el hermosísimo semblante de la doncella, que á través del tragaluz miraba al tenebroso fondo sin lograr descubrir nada.

Pero oía una voz que estremecía su alma con un deleite infinito.

Tuvo una inspiración.

Se separó del tragaluz.

Corrió al harem y llamó á una joven cautiva cristiana.

Ella le había dicho que había oído voces de castellanos en el alcázar lindante con la huerta.

Miriam la podía servir de intérprete.

* *

contró en los brazos de la enamorada Saydallema.

Manuel Fernández y González.

(Se continuará).

CANTARES

Dijiste no te olvidara cuando me marché á la guerra: el que se va nunca olvida, el que olvida es el que queda.

¡Cómo quieres que yo deje de pensar en tí un instante, si el pensamiento es el alma y el alma me la robaeste!

UN PASEO POR ATENAS

(Continuación.)

III

Subamos, lector, subamos.

La pendiente que á la Acrópolis conduce no es muy áspera.

Pero no te detengas á examinar esas multitudas estatuas que á derecha é izquierda se ven en larga fila. Basta que sepas que los turcos tuvieron á bien decapitar toda estatua que representara la humana figura...

—¿Pues no ha dicho Lamartine,—preguntarás,—que los turcos respetan las obras de arte?

—¡Ah! ¿Lo ha dicho Lamartine? ¡Cómo se reirían los turcos si lo supieran!

hasta supe conjugar un verbo, cuyo significado no comprendí bien.

Con todo esto puedo decirte (y para deslumbrarte con mi erudición, no te digo donde lo aprendí), que *Acrópolis* significa *ciudad alta*.

Comprenderás, pues, que estamos en la cima de una colina.

En estos sitios los griegos construyeron primitivamente fortificaciones que defendieran la ciudad; pero más tarde fueron dedicados á servir como de grandioso pedestal á los templos donde sus dioses alojaban.

Toda esta vasta planicie estaba cubierta de templos de mármol, que en su monumental conjunto formaban una verdadera ciudad, la ciudad de los dioses.

A esta ciudad de los dioses se entraba

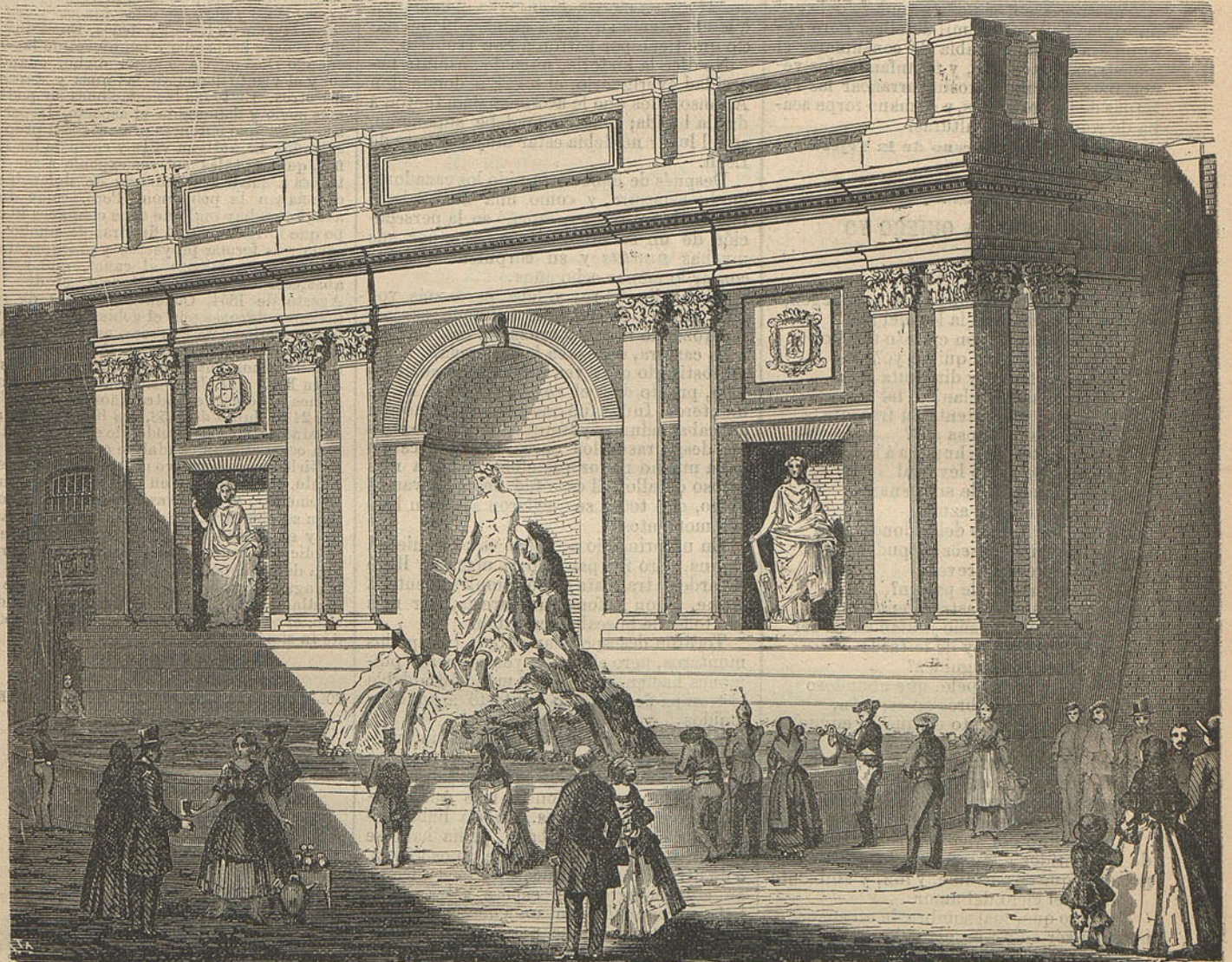
apartan con el pié, dirijamos nuestros pasos al punto más elevado de la *Acrópolis*, donde se ostenta, respetada por los siglos y medio destruida por el hombre, la portentosa fábrica del Parthenón.

IV

Hé ahí el Parthenón, el grandioso templo de Minerva, que se mantuvo en pié desde los tiempos de Pericles, hasta el siglo XVII, es decir, muy cerca de veintidos siglos.

¡Ah! El tiempo destructor, que nada respeta, que todo lo abate, que así hunde en el polvo los edificios como las instituciones humanas, no se atrevió, no quiso destruir el monumento que revelaba á la humanidad toda una historia de cultura y de grandeza.

Pero ya lo hemos dicho. Hay algo más



Primer depósito de agua de Lozoya.

Destruyeron las esculturas, porque su religión prohíbe que se represente la figura humana, y destruyeron también la obra maestra de Fidias, una estatua de Minerva de marfil y oro, no ya por religiosos escrúpulos, sino para aprovechar el valor intrínseco del codiciado metal.

Admitamos, pues, para no dejar del todo por embustero á Lamartine, que los turcos respetan las obras de arte cuando de su destrucción no pueden sacar algún provecho...

Ya estamos en la *Acrópolis*. ¿No sabes griego, lector? ¡Válgate Dios y qué atrasado te encuentras en estudios clásicos! Pero vienes en mi compañía y yo te instruiré, que allá en mis primeros años aprendí el alfabeto griego, que he llegado á olvidar, ypor los *Propyleos*, soberbio arco de mármol también, con su galería ó puerta central y sus dos alas. Data su construcción de 432 años ántes de Jesucristo, y de la galería central que mide diez y ocho metros de longitud, quedan en pié las hermosas columnas de orden dórico de nueve metros de altura y uno de diámetro.

Reproduce en tu imaginación, lector amigo, la suntuosidad de este grandioso arco de triunfo, y verás qué enanos te parecen el Arco de la Estrella y la Puerta de Alcalá.

Continuemos; y dejando á nuestra derecha el pequeño templo de la Victoria, por entre rotos mármoles, columnas caídas, esculturas sin forma, que eran ayer expresión de la belleza y hoy son pedruscos que se

destructor que el tiempo, y este algo es la humanidad misma.

Lo que el tiempo respeta, lo destruye el hombre.

Hé aquí la prueba en el Parthenón.

Este grandioso edificio, destinado á iglesia por los cristianos y á mezquita por los turcos, servía en el siglo XVII para depósito de pólvora.

Los venecianos sitiaban á Atenas; y dirigiendo sus balas rojas contra el polvorín, consiguen incendiarlo, y con una espantosa detonación, aquel templo de la belleza se abre, se rompe, viene al suelo, y las obras maestras de Fidias y de sus discípulos, vuelan por los aires en fragmentos de pedruscos... y todo se acabó. Aquella detonación

fué el ¡ay!, el lamento, la queja, de toda la antigüedad, echando en cara al mundo moderno su barbarie.

¡Adios, Parthenón!

Veintidos siglos respetaron la obra de arte, y un pueblo de artistas, Venecia, la destruye en un momento.

Y así el interés egoísta de un pueblo ó de un hombre, en un momento histórico determinado, pasa por encima de la belleza, del arte, y mira con desprecio y destruye y arrasa lo que constituía una especie de culto para la humanidad.

Pero ¡ah! como ha dicho un viajero (este viajero soy yo), no podía en un momento destruirse tanta grandeza: el edificio queda abierto, herido, permitasenos la frase, pero no ha muerto.

Aún subsisten, si no la grandeza del conjunto, las bellezas de mil detalles. Pero esto no era bastante; había de consumarse el monstruoso atentado, y triunfantes los venecianos, quiere Morosini arrancar las estatuas de los frontones, y su mano torpe acaba de romper las esculturas.

Vicente Moreno de la Tejera.

(Se continuará.)

POR QUÉ LA QUIERO YO

A CONCHA

Muchas veces, soñando con su imagen, pura y radiante cual la luz del sol, me he preguntado con cuitoso anhelo:

¿Por qué la quiero yo?

¿Es por su fresca y diminuta boca que las gracias modelan, y, tal vez por lo mismo que ostenta su frescura, causa ardorosa sed?

¿Es por su tez, que humilla á la magnolia, y transparente como leve tul el gracioso trazado de sus venas y su celeste azul?

¿Es por las formas del redondo seno que oculta á mis deseos su pudor, y en oleaje trémulo revela un mundo de pasión?

¿Es por sus ojos, astros centellantes que á un tiempo mismo juntan en su sér la luz de la mañana y de la tarde la triste languidez?

¿Es por su negro pelo, que abundoso derriba por los hombros su crespón, como el tendido manto en que se envuelve la virgen del dolor?

¡Ah! No: no la amo yo por su tez pura, ni por sus labios, que tiñó el coral, ni por la noble corrección que ostenta su rostro angelical.

Yo la adoro por algo que se oculta de los sentidos á la infiel razón, por algo que es perfume, y luz, y ambiente del cielo del amor.

Por algo que, cual sombra de un ensueño, no halla sér en mí propia voluntad; por algo que es un culto y dá á su imagen mi pecho por altar.

Por algo que, si á impulsos de la vida roza lo material de la pasión... ¡como se inspira en su virtud angélica, hace pensar en Dios!...

Manuel Valcárcel.

LAS MIGAS DEL PASTOR

Y LAS MERCEDES DE UN MONARCA.

Tenía su corte en León el rey don Alfonso VI, llamado el *Bravo*, por el ardor con que tomaba parte en las contiendas de Marte.

Don Alfonso era joven, y como tal, muy dado á los placeres, entre los cuales figuraba el de la caza.

Esta, en aquel tiempo, revestía mucha más importancia que en nuestros días, tra-

tándose de los grandes señores, pues por lo general éstos despreciaban los conejos y las liebres, para dedicarse al exterminio de los osos, lobos y venados, que abundaban en las ásperas montañas y en las enmarañadas selvas.

Un día, antes de que amaneciese, el rey abandonó el regalo de su palacio, y salió de la ciudad acompañado de sus cortesanos favoritos, de sus monteros y ojeadores, y de un buen *golpe de lanzas*, ó sea de un crecido número de hombres de guerra: estos últimos, por lo que pudiera acontecer.

El ruido de las marciales trompas despertó á los habitantes de León, muchos de los cuales, dando una vuelta en el lecho, murmuraron tranquilamente: «¡El señor rey va de caza!»...

Así era en efecto: de caza iba el monarca, que entretenía sus ocios en el noble ejercicio que tiene por patrón á San Huberto.

No dice la historia, ni es de absoluta necesidad averiguarlo, el lugar á donde don Alfonso y los que le acompañaban fueron á dar la batida; mas como debe suponerse, aquel lugar no debía estar muy distante de León.

Después de haberse metido los cazadores en la espesura, y como una media hora más tarde, el rey se empeñó en la persecución de un soberbio ciervo, que por sus muchas *puntas* y su corpulencia, debía contar lo menos ocho años.

El caballo del rey volaba, pero más volaba aún el ciervo, que saltando zanjás, destrozando ramas y cruzando con vertiginosa carrera, devoraba la distancia.

Obstinado cada vez más en la persecución, pronto dejó el rey muy atrás á sus monteros. Inútil fué que éstos espoleasen á sus cabalgaduras, y aún que algunos de ellos les desgarrasen los ijares: ó el rey cabalgaba mucho mejor que ellos, ó tenía más brioso caballo. El caso fué, según llevamos dicho, que todos se quedaron atrás en breves momentos.

En un principio no causó esto inquietud alguna, pero fué pasando la mañana, llegó la tarde, y tras ésta cerró completamente la noche, y don Alfonso no parecía, por más que todos le buscaban con afán.

Tocaron desesperadamente la trompa los monteros, pero el rey, cuyos robustos pulmones hacían sonar de un modo formidable la trompa de caza, no contestó á aquéllos sonidos.

¿Qué le había sucedido? ¿Le había sucedido alguna desgracia?...

Nada tendría esto de extraño: la caza en todos tiempos, y entonces más que ahora, ofrece sus peligros. Podría haber dado una caída del caballo, podía haberse encontrado frente á frente de un oso feroz, ó de otra alimaña carnícera, y por último, en aquella agreste y espesa selva, podía haber tropezado con un enemigo oculto, ó con un traidor, que por desgracia siempre ha existido en el mundo la raza de Judas y de Bellido Dolfos, y los reyes, por buenos que sean, siempre tienen enemigos.

Los cortesanos y los monteros acordaron diseminarse por la espesura y buscar en todas direcciones al monarca de León, reuniéndose después en una plazoleta del bosque, en la cual, y en una pequeña ermita dedicada á San Yago, vivía un viejo ermitaño llamado Anselmo.

Hiciéronlo así, y unos por una parte y otros por otra, empezaron á buscar á don Alfonso.

A. de San Martín.

(Se continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Parterre del Buen Retiro.—Abundan en este sitio de recreo las más hermosas y variadas perspectivas. Todos los gustos, todos los tem-

peramentos, digámoslo así, tienen en él sus lugares escogidos, que están en perfecta armonía con el genio del que los visita. En él encuentran agradable solaz los niños, y es el centro de recreo de los padres que disfrutan de las delicias de tan saludable y encantador asilo, de paso que vigilan á sus tiernos retoños en sus juegos infantiles desde amplios y cómodos asientos de piedra.

Adornan este sitio predilecto, bonitos jardinillos y estatuas de reyes, determinando su salida al estanque de las campanillas y paseos inmediatos dos suaves rampas que se reúnen en la parte más alta sobre la bonita fuente que adorna el centro del jardín semicircular en que termina.

Traída de las aguas del Lozoya á Madrid.—Antes que la capital de España estuviese, como ahora, suficientemente abastecida de aguas, era en ella la vida muy penosa. Verdaderas nubes de polvo, en el verano, llenaban el ambiente y abrasaban las fauces y las vías respiratorias de los madrileños. En el invierno quitábanse los barro y las nieves de las calles cuando Dios quería, ó mejor dicho, cuando el sol y el viento derretían las unas y desecaban los otros. En todas las estaciones no podía ser más sucio y deplorable el aspecto, la peculiar fisonomía que entonces presentaba á propios y extraños la antigua villa y corte de las Españas, que por tales motivos exponía á sus habitantes á sufrir gran número de dolencias que diezaban la población. Pero, como dice el adagio, no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, y al fin, tras de mucho pensar y de formar proyectos y presupuestar las obras, dióse comienzo al canal, que había de abastecer de aguas á Madrid, el día 11 de Agosto de 1854. Ochenta millones de reales presupuestáronse por el gobierno para llevar á buen término esta empresa, aunque su realización costó algo menos de lo calculado, según tenemos entendido. Los ingenieros don Juan Rufo y D. Juan Rivera nivelaron los terrenos, y cerca de cuatro años después, el jueves 24 de Junio de 1858, los buenos habitantes de Madrid vieron poseídos de entusiasmo llegar á la corte el gran caudal de agua, que había de surtirles en lo sucesivo de este importante artículo. Mide el canal en toda su extensión 70'4 kilómetros, y las obras lleváronse á cabo con gran solidez al par que presentando el más bello y elegante aspecto. Los grabados que hoy publicamos referentes al asunto dan perfecta idea de los importantes trabajos que para traer las aguas se hicieron, entre los cuales se descuella por su buen gusto, la fachada del depósito; el otro grabado representa el acueducto de la sima en el canal.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

CHAPARRO

GEROGLÍFICO



(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILÉN, 26.